

exitosos para corregir este trastorno implantando en el núcleo caudado tejidos ricos en estas catecolaminas, como la médula suprarrenal o la sustancia negra. Lo curioso de estos casos es que, aunque el implante es unilateral, la mejoría es bilateral. Por eso se sospecha que dicha mejoría podría deberse en gran medida a la producción de “factores de crecimiento neural”. El primer “factor de crecimiento neural” fue caracterizado por R. Levi-Montalcini, por lo cual recibió el Premio Nobel, y desde entonces

han sido descritos otros factores parecidos. Estas sustancias son producidas por las células donde debe tener lugar la formación de sinapsis, y probablemente su presencia juegue un papel muy importante en la expresión del programa genético normal, y su disminución quizás sea un factor en el envejecimiento cerebral. ¿Podría un implante de células productoras de estos factores rejuvenecer un cerebro envejecido?

El despegue de la etnobiología

Francisco Kerdel Vegas

Una de las tendencias más alentadoras en el mundo científico de la actualidad es observar que la marcada propensión hacia la fragmentación y la superespecialización (análisis), es compensada de cierta manera por los esfuerzos a crear nuevas disciplinas que hacen coincidir conocimientos provenientes de actividades hasta ese momento separadas e independientes. Este concepto de síntesis ha llevado a la creación de la nueva ciencia denominada sociobiología, cuyo fundador es el famoso profesor de biología de la Universidad de Harvard, Edward Wilson, y ahora a la aceptación académica y científica de la etnobiología.

Hace años nos decía Buckminster Fuller, durante su memorable visita a Caracas, que la especie humana estaba condenada a la rápida extinción (como con el tiempo sucede a todas las especies), debido a la explosión que se observaba en la especialización (la superespecialización termina agotando las capacidades de adaptación de una determinada especie), y que de pronto con el descubrimiento y desarrollo del computador, es decir de una máquina ideal para el análisis, el cerebro humano quedaba parcialmente relevado de esas funciones, para dedicarse de manera casi exclusiva a la síntesis, la labor superior -si se quiere sublime- de ese órgano; y que este solo hecho prolongaría la existencia de nuestra especie en el planeta Tierra por unas cuantas generaciones.

Fui invitado por el Dr. Conrad Gorinsky al “lanzamiento” e inauguración en el “Green College” de la Universidad de Oxford, y con múltiples representantes del mundo académico y de los medios de comunicación, de la nueva “Fundación de Etno-

biología”. Conozco bien al Dr. Gorinsky desde hace muchos años y admiro su constancia y dedicación a la causa en que ha comprometido todos sus esfuerzos, por lo tanto me complació mucho presenciar allí la aceptación de sus ideas y la puesta en marcha de una organización que promete mucho para adelantar los fines y propósitos de la nueva disciplina.

El objeto de la Fundación es “dedicarse a la operación de rescatar —para registrar y evaluar— los conocimientos ambientales que diferentes culturas han acumulado durante miles de años de la existencia humana. La etnobiología investiga aquellos descubrimientos e intuiciones recogidos de la naturaleza que pueden ayudar a hacer la vida en este planeta más satisfactoria de muchas maneras. Mediante la evaluación científica de preguntas tales como: ¿Por qué algunas plantas curan ciertas enfermedades?; ¿Qué cultivos son resistentes a cuáles pestes?; y aún, algunas más fundamentales como ¿Qué alimentos pueden ingerir los seres humanos?; la etnobiología es capaz de encontrar respuestas con importantes implicaciones para todos nosotros. A fin de cuentas la supervivencia de nuestra especie dependerá de ellas”.

Este tipo de investigaciones tiene cierta urgencia. Muchas de las tribus aborígenes que todavía persisten en el planeta no tienen sino una cultura oral, es decir, carecen de la palabra escrita. Se dice que desde el punto de vista evolutivo, esto tiene la ventaja que lo que es “falso” tiende a olvidarse, y lo que es “verdadero” persiste y se mantiene pasándose de una generación a otra. En cambio lo que se lleva a la escritura, “escrito está”, y falso o verdadero, así

queda y se transmite. El peligro estriba en que si esos grupos étnicos primitivos desaparecen (como sucede a diario) se llevan consigo esa valiosísima información, que lo mismo que una especie extinguida, jamás podremos recobrar.

Durante la mañana todos los invitados al acto estuvimos expuestos al pensamiento seminal de hombres y mujeres que se han distinguido en estos campos. Sir Crispin Tickell, “Warden” de Green College abrió el acto; seguido por el médico y antropólogo Dr. Bruce Dakowki (quien nos habló sobre “De cazador a recolector - una introducción a la Fundación); el Dr. David Horrobin (“Ciencias médicas y sus fuentes en las hierbas - una odisea personal”); el Profesor Ghillean Prance (“El mundo natural como reservorio de moléculas útiles”); el Dr. Conrad Gorinsky (“Greenheart - un árbol y varias ramas del conocimiento”); el Profesor David Napier (“Repensando el ambiente - el mandato de la fundación”); el Profesor David Warrell (“Venenos, ponzoñas y medicinas - la biodiversidad de las toxinas naturales”); terminando con las conclusiones a cargo del Profesor Andrew Goudie (Jefe de Departamento de la Escuela de Geografía de la Universidad de Oxford).

El “promotor”, durante muchos años de estas ideas ha sido el Dr. Gorinsky. Estoy convencido en que su motivación tiene el profundo arraigo de su propio ancestro. Gorinsky es hijo del matrimonio de un inmigrante polaco y la hija de un cacique de una tribu amerindia del Rupununi (en el corazón del vecino país de Guyana). Ese origen mestizo, su infancia entre los aborígenes de la selva tropical húmeda amazónica, su compromiso moral con su propia gente, seguramente han sido la fuerza motriz que lo llevó a estudiar bioquímica en Londres, a incorporarse en las labores docentes de la famosa Escuela de Medicina del Hospital de San Bartolomé y a dedicarse a la investigación bioquímica de productos naturales. Con tal pasado es evidente que se apercibiera tempranamente de los peligros de que toda esa valiosísima colección de conocimientos acumulados durante milenios pudiese perderse irremisiblemente, tanto por la desaparición gradual de las tribus de amerindios, como por el proceso de transculturización que puede “borrar” ese pasado evolutivo.

El futuro de la etnobiología como nueva disciplina científica, síntesis de dos ramas del conocimiento bien conocidas, está asegurado no sólo por el calibre

intelectual de sus fundadores, sino por la toma de conciencia del mundo occidental de lo que está ocurriendo con estos grupos aborígenes y del peligro de que esa información pueda desaparecer sin dejar rastro.

Tiene además este esfuerzo, un valor adicional muy importante, relacionado con el futuro de los bosques tropicales (es decir, los que todavía quedan en nuestro planeta) y que sin duda está íntimamente ligado al valor económico que podamos obtener de esos árboles y plantas, aparte del que tiene por la explotación comercial de la madera que producen. Y, si como en verdad sucede, muchas de esas plantas tienen propiedades hasta ahora no utilizadas, que se pueden poner en evidencia gracias a estos estudios, se habrán creado los incentivos económicos indispensables para respetar, cuidar y aprovechar ese verdadero “tesoro”, que son esos árboles y plantas de la selva tropical, en vez de someterlos a una tala destructiva e irreparable.

La Cumbre del Ambiente en Río de Janeiro en junio del año pasado creó las condiciones propicias y una toma de conciencia universal referente al problema de la biodiversidad. La Fundación de Etnobiología está destinada a ser un instrumento muy valioso en la puesta en marcha de esas políticas. No es mera casualidad que un hombre de la capacidad, intelecto y reputación de Sir Crispin Tickell, además de “Warden” del Green College, haya sido el promotor del “Centro del Green College para Políticas y Comprensión Ambientales” (del cual son “Visiting Fellows” el Dr. Gorinsky, el Dr. Dakowski, y el Dr. Napier), y ahora presida la comisión que va a estudiar y organizar los esfuerzos británicos en esa dirección.

Auguramos el mayor éxito a la nueva fundación y observamos complacidos que entre sus Directores está el Ing. Robin Colson, quien junto con su esposa la antropóloga Dra. Audrey Colson, han sido no sólo consecuentes y leales amigos de Venezuela, sino que han dedicado buena parte de su vida útil a estudiar a los indios Pemones de Venezuela, y a ayudarlos a superar y vencer los problemas que continuamente acosan a nuestras comunidades indígenas. Confiamos en que algunos de los estudios que promoverá y financiará la nueva Fundación se realicen en territorio venezolano, en útil y complementaria asociación con nuestras propias fundaciones, instituciones científicas y universidades.